

## CONDENADOS A ENTENDERSE

En 1756, dos acontecimientos de signo muy diferente asegurarían la inmortalidad de Leopold Mozart. En aquel año visitó la imprenta su *Versuch einer gründlichen Violinschule*, un método que recogía los principios básicos de la técnica y la ejecución violinística de la época. Diversas reimpressiones y traducciones a otros idiomas dan fe de la enorme difusión que alcanzó en su día esta obra capital para conocer aspectos fundamentales de la práctica interpretativa en el Clasicismo. Leopold podría haber vivido holgadamente de la fama que le reportó su libro, pero algo que él mismo le cuenta a su amigo Johann Jakob Lotter en una carta fechada el 9 de febrero de 1756 le hizo cambiar de opinión: "Debo informarte que el 27 de enero, a las 8 de la tarde, mi querida esposa ha dado a luz a un niño [...] tanto el niño como la madre están bien. Ella os envía saludos a los dos. El niño se llama Joannes Chrisostomus, Wolfgang, Gottlieb." Leopold dedicó gran parte de su tiempo a partir de entonces no a la pedagogía o a la composición, sino a la educación y a la carrera de su hijo, con el que viajó por toda Europa. En 1769, en el prólogo de la segunda edición de su tratado, Leopold escribe: "Es posible que aproveche la oportunidad de entretener al público con una historia de las que probablemente se dan sólo una vez en un siglo, y que en el ámbito de la música no se ha producido nunca *de un modo tan milagroso*; es posible que describa el maravilloso talento de mi hijo; que relate detalladamente su progreso increíblemente rápido en todo el ámbito de la ciencia musical desde el quinto hasta el decimotercer año de su vida; y es posible que, en un asunto tan increíble, requiera para dar fe de ello el testimonio irrefutable de muchos de los más grandes maestros, incluso el testimonio de la envidia misma."

Leopold no llegó a escribir este relato, quizás porque siguió acompañando habitualmente a su hijo en su constante peregrinaje por Europa durante al menos seis años más. Pero lo que a nadie

puede extrañar es que el joven Wolfgang fuera muy pronto un notable maestro del violín, un instrumento del que su padre le enseñó todos los secretos. Con el tiempo —tampoco mucho: en la vida del compositor los acontecimientos se suceden a un ritmo frenético— llegaría a ser incluso concertino de la orquesta de la corte de Salzburgo, su ciudad natal. Él mismo da cuenta en varios momentos de su epistolario de su dominio del instrumento, pero el clave y el fortepiano —que no poseían las limitaciones del violín— estaban llamados a ser su medio de expresión natural. Mozart fue, por encima de todo, un creador y, como tal, necesitaba plasmar su pensamiento musical por medio de un instrumento polifónico y capaz de convertirse en una orquesta en miniatura. Pero desde sus conciertos para violín, sus sinfonías, sus cuartetos de cuerda, sus serenatas, sus divertimentos o, por supuesto, sus sonatas para violín y piano, se convirtió en el artífice fundamental de los progresos vividos por la escritura violinística en la segunda mitad del siglo XVIII.

Violín y clave (o fortepiano) se habían consolidado como dos elementos insustituibles de la música orquestal y de la música instrumental, respectivamente. Su encuentro en la música de cámara era, por tanto, una reunión tan anunciada como natural, ya que ambos se necesitaban mutuamente y constituían un medio ideal para la práctica musical doméstica. Quizá por este motivo encontramos una presencia casi constante de sonatas para violín y teclado en el catálogo mozartiano, desde la *K. 6 en Do mayor* (publicada como opus 1 en París en 1764 junto con la *K. 7 en Re mayor*) hasta la *K. 547 en Fa mayor*, que el catálogo que el propio Mozart llevó de sus composiciones en los últimos años de su vida fecha en Viena el 10 de julio de 1788, lo que la convierte en coetánea del colosal tríptico sinfónico de aquel mismo verano (Sinfonías núms. 39-41). A aquella no ya juvenil, sino infantil primera Sonata para ambos instrumentos siguieron varias obras más, como las seis Sonatas K. 26-31 publicadas en La Haya en 1766. Un segundo bloque se inició con la *K. 301*, la primera de una serie de sonatas compuestas en Mannheim